Sobre el denotar*

Bertrand Russell

Entiendo por ‘frase denotativa’ una frase como cualquiera de las siguientes: un hombre, algún hombre, cualquier hombre, cada hombre, todos los hombres, el actual rey de Inglaterra, el actual rey de Francia, el centro de masa del sistema solar en el primer instante del siglo XX, la revolución de la Tierra alrededor del Sol, la revolución del Sol alrededor de la Tierra. Así, una frase es denotativa exclusivamente en virtud de su *forma*. Podemos distinguir tres casos: (1) Una frase puede ser denotativa y, sin embargo, no denotar nada; por ejemplo, ‘el actual rey de Francia’; (2) una frase puede denotar un objeto definido; por ejemplo, ‘el actual rey de Inglaterra’ denota a un hombre determinado; (3) una frase puede denotar ambiguamente; por ejemplo, ‘un hombre’ no denota a muchos hombres, sino a un hombre indeterminado. La interpretación de tales frases presenta considerables dificultades; en verdad, es muy difícil elaborar una teoría invulnerable a la refutación formal. Todas las dificultades que conozco pueden resolverse, hasta donde alcanza mi discernimiento, con la teoría que explicaré a continuación.

El tema de la denotación es de gran importancia, no sólo en la lógica y la matemática, sino también en la teoría del conocimiento. Por ejemplo, sabemos que el centro de masa del sistema solar en un instante determinado es un punto determinado, y podemos afirmar una serie de proposiciones [*propositions*] acerca de él; pero no tenemos conocimiento directo [*immediate acquaintance*] de tal punto, sino que sólo lo conocemos por descripción. La distinción entre *conocimiento directo* [*acquaintance*] y *conocimiento acerca de* [*knowledge about*] es la distinción entre las cosas que se nos presentan [*the things we have presentations of*] y las cosas a las que sólo llegamos por medio de frases denotativas^a. Sucede a menudo que sabemos que una frase determinada denota sin ambigüedad, aunque no tengamos conocimiento directo de lo que denota; es lo que ocurre en el ejemplo anterior sobre el centro de masa. En la percepción, tenemos conocimiento directo de los objetos de la percepción, y en el pensamiento tenemos conocimiento directo de objetos de un carácter lógico más abstracto; pero no tenemos necesariamente conocimiento directo de los objetos denotados por frases compuestas por palabras de cuyos significados [*meanings*] tenemos conocimiento directo. Tomemos un ejemplo que posee particular importancia: parece no haber razón para

creer que conocemos directamente las mentes de otras personas, ya que no se las percibe en forma directa; luego, lo que sabemos acerca de ellas se obtiene a través del denotar [*is obtained through denoting*]. Todo pensamiento debe partir del conocimiento directo, pero logramos pensar *acerca de* muchas cosas de las que no tenemos conocimiento directo.

El curso de mi argumentación será el siguiente. Comenzaré por enunciar la teoría que me propongo defender¹; luego examinaré las teorías de Frege y Meinong y diré por qué ninguna de ellas me satisface; después, indicaré las razones en las que fundo mi teoría; y, finalmente, señalaré de manera breve las consecuencias filosóficas de la misma.

Mi teoría, expuesta con brevedad, es la siguiente. Tomo como noción fundamental la de *variable*, y uso ‘ $C(x)$ ’ para significar una proposición² de la cual forma parte x , donde x , la variable, es total y esencialmente indeterminada. Luego podemos considerar las dos nociones siguientes: ‘ $C(x)$ es siempre verdadera’ y ‘ $C(x)$ es a veces verdadera’³. Entonces *todo*, *nada* y *algo* (que son las frases denotativas más primitivas) se interpretan del siguiente modo:

C (todo) significa ‘ $C(x)$ es siempre verdadera’.

C (nada) significa “‘ $C(x)$ es falsa’ es siempre verdadera’.

C (algo) significa ‘Es falso que “‘ $C(x)$ es falsa’ sea siempre verdadera’⁴.

La noción ‘ $C(x)$ es siempre verdadera’, se toma aquí como última e indefinible, y las otras se definen por medio de ella. No suponemos que *todo*, *nada* y *algo* tengan significado alguno aisladamente, pero asignamos un significado a *toda* proposición en la que figuran. El principio de la teoría del denotar que deseo defender es el siguiente: las frases denotativas no tienen significado alguno en sí mismas, pero toda proposición en cuya expresión verbal figuran tiene un significado. Las dificultades concernientes al denotar son todas, creo, el resultado de un análisis erróneo de las proposiciones cuyas expresiones verbales contienen frases denotativas. Si no estoy equivocado, el análisis apropiado puede realizarse del modo siguiente.

Supóngase que deseamos interpretar la proposición ‘encontré un hombre’. Si es verdadera, encontré un hombre determinado; pero no es esto lo que afirmo. Lo que afirmo, según la teoría que propugno, es:

“‘Encontré x , y x es humano” no es siempre falsa”^b.

En general, si definimos la clase de los hombres como la clase de los objetos que tienen el predicado *humano*, decimos que:

‘ C (un hombre)’ significa “‘ $C(x)$ y x es humano” no es siempre falsa’.

De esta manera la expresión ‘un hombre’, considerada en sí misma,

queda totalmente despojada de significado, pero da un significado a toda proposición en cuya expresión verbal figure.

Consideremos ahora la proposición ‘todos los hombres son mortales’. Esta proposición⁵ es, en realidad, hipotética, y dice que *si* algo es un hombre, es mortal. Esto es, dice que si x es un hombre, x es mortal, sea x lo que fuere. Luego, si sustituimos ‘ x es un hombre’ por ‘ x es humano’, obtenemos:

‘Todos los hombres son mortales’ significa “‘si x es humano, x es mortal” es siempre verdadera’.

Esto es lo que en lógica simbólica se expresa diciendo que ‘todos los hombres son mortales’ significa “‘ x es humano” implica “ x es mortal”, para todos los valores de x ’. Con mayor generalidad, decimos:

‘ C (todos los hombres)’ significa “‘si x es humano, entonces $C(x)$ es verdadera” es siempre verdadera’.

Análogamente:

‘ C (ningún hombre)’ significa “‘si x es humano, entonces $C(x)$ es falsa” es siempre verdadera’.

‘ C (algunos hombres)’ significará lo mismo que ‘ C (un hombre)’⁶,

y

‘ C (un hombre)’ significa ‘es falso que “ $C(x)$ y x es humano” sea siempre falsa’.

‘ C (cada hombre)’ significará lo mismo que ‘ C (todos los hombres)’.

Quedan por interpretar las frases que contienen el artículo *el*. Estas son, con mucho, las frases denotativas más interesantes y difíciles. Tomemos como ejemplo ‘el padre de Carlos II fue ejecutado’. Aquí se afirma que hubo un x que fue el padre de Carlos II y que fue ejecutado. Ahora bien, *el*, cuando se lo usa estrictamente, supone unicidad; es cierto que solemos hablar de ‘el hijo de Tal y Tal’ aun cuando el Tal y Tal tenga varios hijos, pero sería más correcto hablar de ‘un hijo de Tal y Tal’. Para nuestros fines, pues, consideraremos que *el* supone unicidad. Así, cuando decimos ‘ x fue *el* padre de Carlos II’, no sólo afirmamos que x tenía una determinada relación con Carlos II, sino también que ninguna otra cosa tenía esa relación. La relación en cuestión, sin la suposición de unicidad y sin frases denotativas, queda expresada por ‘ x engendró a Carlos II’. Para obtener un equivalente de ‘ x fue el padre de Car-

los II’, debemos agregar ‘si y es distinto de x , y no engendró a Carlos II’, o, lo que es equivalente, ‘si y engendró a Carlos II, y es idéntico a x ’. Luego, ‘ x es el padre de Carlos II’ se convierte en: ‘ x engendró a Carlos II y “si y engendró a Carlos II, y es idéntico a x ” es siempre verdadera de y ’. Así,

‘el padre de Carlos II fue ejecutado’ se transforma en: ‘No es siempre falso de x que x engendró a Carlos II y que x fue ejecutado y que “si y engendró a Carlos II, y es idéntico a x ”; es siempre verdadera de y ’^c.

Esta interpretación puede parecer un tanto increíble, pero por el momento no estoy dando razones, sino sólo *enunciando* la teoría.

Para interpretar ‘ C (el padre de Carlos II)’, donde C representa cualquier enunciado referente a él, sólo tenemos que sustituir en la formulación anterior ‘ x fue ejecutado’ por $C(x)$. Obsérvese que, según la interpretación expuesta antes, cualquiera que sea el enunciado C , ‘ C (el padre de Carlos II)’ implica:

‘No es siempre falso de x que “si y engendró a Carlos II, y es idéntico a x ” es siempre verdadera de y ’,

lo cual se expresa en el lenguaje común diciendo: ‘Carlos II tuvo un padre y no más de uno’. Por consiguiente, si no se satisface esta condición, *toda* proposición de la forma ‘ C (el padre de Carlos II)’ es falsa. Así, por ejemplo, toda proposición de la forma ‘ C (el actual rey de Francia)’ es falsa. Esta es una gran ventaja de nuestra teoría. Mostraré más adelante que no se opone a la ley de contradicción, como podría suponerse a primera vista.

En las líneas anteriores hemos presentado una reducción de todas las proposiciones en las que aparecen frases denotativas a formas en las cuales tales frases no aparecen. El análisis que haremos a continuación mostrará por qué es necesario efectuar tal reducción.

Los elementos de juicio a favor de la teoría expuesta derivan de las dificultades que parecen inevitables si consideramos que las frases denotativas representan [*stand for*] componentes genuinos de las proposiciones en cuyas expresiones verbales figuran. La más simple de las teorías posibles que admiten tales componentes es la de Meinong⁷. Esta teoría considera que toda frase denotativa gramaticalmente correcta representa un *objeto*. Así, se supone que ‘el actual rey de Francia’, ‘el cuadrado redondo’, etc., son objetos genuinos^d. Se admite que tales objetos no *subsisten*, pese a lo cual se supone que son objetos. Se trata de una opinión difícil de sostener, pero la principal objeción es que tales objetos violan, de manera admitida, la ley de contradicción. Se sostiene por ejemplo, que el actual y existente rey de Francia existe, y también que no existe; que el cuadrado redondo es redondo, y también que no es redondo, etc. Pero esto es inaceptable, y si puede hallarse una teoría que eluda este resultado, sin duda se la debe preferir.

La anterior violación de la ley de contradicción es evitada en la teoría de Frege. En toda frase denotativa, éste distingue dos elementos, que podemos llamar el *significado* y la *denotación* [denotation]⁸. Así, ‘el centro de masa del sistema solar al comienzo del siglo XX’ tiene un *significado* sumamente complejo, pero su *denotación* es un punto determinado, que es simple. El sistema solar, el siglo XX, etc., son componentes [constituents] del *significado*; pero la *denotación* no tiene componentes⁹. Una ventaja de esta distinción es la de señalar por qué a menudo vale la pena afirmar una identidad. Si decimos ‘Scott es el autor de *Waverley*’, afirmamos una identidad de denotación con una diferencia de significado. Pero no repetiré los argumentos aducidos a favor de esta teoría, ya que los he expuesto en otra parte (loc. cit.) Y ahora me interesa discutirlos.

Una de las primeras dificultades que se presentan cuando adoptamos la tesis de que las frases denotativas *expresan* un significado y *denotan* una denotación¹⁰, se refiere a los casos en los que la denotación parece estar ausente. Si decimos ‘el rey de Inglaterra es calvo’, parecería que este enunciado [statement] no es acerca del *significado* complejo ‘el rey de Inglaterra’, sino acerca del hombre real denotado por el significado. Pero consideremos ahora ‘el rey de Francia es calvo’. Por la semejanza de forma con el enunciado anterior, también ‘el rey de Francia es calvo’ debe ser acerca de la denotación de la frase ‘el rey de Francia’. Pero esta frase, aunque tiene un *significado*, si es que lo tiene ‘el rey de Inglaterra’, ciertamente no tiene denotación, al menos en cualquier sentido obvio. Por ello, podría suponerse que ‘el rey de Francia es calvo’ debe carecer de sentido [to be nonsense]; pero no carece de sentido, pues es simplemente falso^c. O consideremos una proposición como la siguiente: ‘Si *u* es una clase que sólo posee un miembro, entonces este miembro es un miembro de *u*’, que también podemos enunciar así: ‘Si *u* es una clase unitaria, el *u* es un *u*’. Esta proposición debe ser *siempre* verdadera, ya que la conclusión es verdadera cuando lo es la hipótesis. Pero ‘el *u*’ es una frase denotativa, y es de la denotación, no del significado, de lo que se dice que es un *u*. Ahora bien, si *u* no es una clase unitaria, ‘el *u*’ parece no denotar nada; de aquí que nuestra proposición parezca convertirse en algo carente de sentido tan pronto como *u* no es una clase unitaria.

Ahora bien, es obvio que tales proposiciones *no* se convierten en algo carente de sentido simplemente porque sus hipótesis sean falsas. En *La tempestad* el Rey podría decir: ‘Si Fernando no se ha ahogado, Fernando es mi único hijo’. Pero ‘mi único hijo’ es una frase denotativa, la cual, como es evidente, tiene una denotación cuando y sólo cuando tengo exactamente un hijo. Pero el enunciado anterior seguiría siendo verdadero aunque Fernando se hubiera ahogado realmente. En consecuencia, o bien debemos suministrar una denotación en los casos en que a primera vista no la hay, o bien debemos abandonar la tesis de que las proposiciones que contienen frases denotativas son concernientes a la denotación. Es esto último lo que propongo. Puede

adoptarse la primera alternativa, como hace Meinong, admitiendo objetos que no subsisten y negando que obedezcan a la ley de contradicción; pero esto debe evitarse, si ello es posible. Frege adopta otra forma de la misma posición (en lo concerniente a la presente alternativa), suministrando por definición una denotación puramente convencional para los casos en que, de otra manera, no habría denotación alguna. Así, ‘el Rey de Francia’ denota la clase nula; ‘el único hijo del Sr. Fulano’ (quien tiene una bella familia de diez hijos) denota la clase de todos sus hijos; etc.^f. Pero este procedimiento, aunque no lleve a un verdadero error lógico, es totalmente artificial, y no ofrece un análisis exacto de la cuestión. Por consiguiente, si admitimos que las frases denotativas, en general, presentan el doble aspecto del significado y la denotación, los casos en los que parece no haber denotación plantean dificultades tanto en el supuesto de que hay realmente una denotación como en el de que no la hay.

Puede ponerse a prueba una teoría lógica por su capacidad para resolver paradojas [puzzles], y al meditar sobre cuestiones lógicas es saludable acumular en la mente el mayor número posible de paradojas, ya que éstas cumplen la misma función que los experimentos en la física. Por ello, enunciaré tres paradojas que una teoría sobre el denotar debe ser capaz de resolver; luego mostraré que mi teoría las resuelve.

(1) Si *a* es idéntico a *b*, todo lo que es verdadero de uno es verdadero del otro, y cualquiera de ellos puede sustituir al otro en cualquier proposición sin que se altere la verdad o falsedad de la misma. Ahora bien, Jorge IV quiso saber si Scott era el autor de *Waverley*; y, en efecto, Scott *era* el autor de *Waverley*. Luego, podemos sustituir *el autor de ‘Waverley’* por *Scott* y de este modo probar que Jorge IV quiso saber si Scott era Scott. Sin embargo, difícilmente puede atribuirse al primer caballero de Europa un interés por el principio de identidad.

(2) Por el principio del tercero excluido, debe, ser verdadera o bien ‘*A* es *B*’ o bien ‘*A* no es *B*’. Por consiguiente, debe ser verdadera o bien ‘el actual rey de Francia es calvo’, o bien ‘el actual rey de Francia no es calvo’. Sin embargo, si hacemos una enumeración de las cosas que son calvas y de las que no lo son, no encontraremos al rey de Francia en ninguna de esas listas. Quizá los hegelianos, que aman las síntesis, concluirán que usa peluca.

(3) Consideremos la proposición ‘*A* difiere de *B*’. Si es verdadera, hay una diferencia entre *A* y *B*, hecho que puede ser expresado en la forma: ‘la diferencia entre *A* y *B* subsiste’. Pero si es falso que *A* difiere de *B*, entonces no hay diferencia alguna entre *A* y *B*, hecho que puede expresarse de la forma siguiente: ‘la diferencia entre *A* y *B* no subsiste’. Pero ¿cómo una no-entidad puede ser el sujeto de una proposición? ‘Pienso, luego

soy' no es más evidente que 'soy el sujeto de una proposición, luego soy', siempre que se tome 'soy' como afirmación de subsistencia o ser¹¹, no de existencia. De aquí que, al parecer, debe ser siempre contradictorio negar el ser de algo; pero hemos visto, en relación con Meinong, que admitir el ser también conduce a veces a contradicciones. De este modo, si *A* y *B* no difieren, parece igualmente imposible suponer o bien que hay un objeto tal como 'la diferencia entre *A* y *B*', o bien que no lo hay.

La relación entre el significado y la denotación plantea ciertas dificultades curiosas, que parecen bastar por sí mismas para probar que la teoría que conduce a ellas debe ser errónea⁸.

Cuando deseamos hablar acerca del *significado* de una frase denotativa, como opuesto a su *denotación*, el modo natural de hacerlo es usando comillas. Así decimos:

El centro de masa del sistema solar es un punto, no un complejo denotativo [*a denoting complex*].

'El centro de masa del sistema solar' es un complejo denotativo, no un punto.

O también:

El primer verso de la Elegía de Gray enuncia una proposición.

'El primer verso de la Elegía de Gray' no enuncia una proposición.

De tal modo, al tomar cualquier frase denotativa, digamos *C*, consideraremos la relación entre *C* y '*C*', donde "la diferencia entre ambas es del tipo ejemplificado en los dos casos anteriores.

Para comenzar, diremos que, cuando aparece *C*, hablamos acerca de la *denotación*; pero cuando aparece '*C*', hablamos del *significado*. Pero la relación entre el significado y la denotación no es una relación meramente lingüística a través de la frase: debe hallarse implicada una relación lógica, que expresamos diciendo que el significado denota la denotación. Pero la dificultad que se nos presenta es que no podemos mantener la conexión entre el significado y la denotación y, al mismo tiempo, impedir que sean una y la misma cosa; y también que no podemos comprender el significado si no es por medio de frases denotativas. Esto sucede del siguiente modo.

La frase *C* tenía que tener tanto significado como denotación. Pero si hablamos de 'el significado de *C*', esto nos da el significado (si lo hay) de la denotación. 'El significado del primer verso de la Elegía de Gray' es lo mismo que 'el significado de "las campanas tañen el toque de difuntos al día

agonizante"', y no es lo mismo que 'el significado de "el primer verso de la Elegía de Gray"'. Por ello, para obtener el significado que buscamos, no debemos hablar de 'el significado de *C*', sino de 'el significado de "*C*"' que es igual a '*C*' misma. Análogamente, 'la denotación de *C*' no significa la denotación que buscamos, sino algo que, si denota de algún modo, denota lo denotado por la denotación que buscamos. Por ejemplo, supongamos que '*C*' es 'el complejo denotativo que aparece en el segundo de los ejemplos anteriores'. Entonces

C = 'el primer verso de la Elegía de Gray',

y la denotación de *C* = las campanas tañen el toque de difuntos al día agonizante. Pero lo que *pretendíamos* tener como denotación era 'el primer verso de la Elegía de Gray'. De tal modo, no hemos logrado lo que buscábamos.

La dificultad que se presenta al hablar del significado de un complejo denotativo puede enunciarse así: en el momento en que introducimos el complejo en una proposición, la proposición es acerca de la denotación; y si formulamos una proposición en la cual el sujeto es 'el significado de *C*', entonces el sujeto es el significado (si lo hay) de la denotación, que no es de lo que pretendíamos hablar. Esto nos lleva a afirmar que, cuando distinguimos entre significado y denotación, debemos estar hablando acerca del significado: éste tiene denotación y es un complejo, y no hay otra cosa aparte del significado que pueda ser llamado el complejo y de lo que pueda decirse que *tiene* significado y denotación. La formulación correcta, según este punto de vista, es que algunos significados tienen denotaciones.

Pero esto hace aún más evidente la dificultad que se presenta al hablar de significados. En efecto, supongamos que *C* es el complejo en cuestión; entonces, debemos decir que *C* es el significado del complejo. Sin embargo, cuando *C* aparece sin comillas, lo que se dice no es verdadero del significado, sino solamente de la denotación, por ejemplo, cuando decimos: el centro de masa del sistema solar es un punto. En consecuencia, para hablar de *C* misma, es decir para formular una proposición acerca del significado, nuestro sujeto no debe ser *C*, sino algo que denote a *C*. Luego '*C*', que es lo que utilizamos cuando queremos hablar del significado, no debe ser el significado, sino algo que denota al significado. Y *C* no debe ser un componente de este complejo (como lo es de 'el significado de *C*'); pues si *C* figura en el complejo, será su denotación, no su significado, lo que figurará en él, y no hay ningún camino de regreso desde las denotaciones hasta los significados, ya que todo objeto puede ser denotado por un número infinito de frases denotativas diferentes.

Por consiguiente, parecería que '*C*' y *C* son entidades diferentes, y tales que '*C*' denota *C*; pero esto no puede ser una explicación, porque la relación de '*C*' con *C* queda totalmente en el misterio; ¿y dónde hallaremos el com-

plejo denotativo ‘*C*’ que debe denotar a *C*? Además, cuando *C* figura en una proposición, no es sólo la denotación lo que figura (como veremos en el párrafo siguiente); sin embargo, según la tesis que examinamos, *C* sólo es la denotación, mientras que el significado queda totalmente relegado a ‘*C*’. Esta es una maraña inextricable, y parece probar que la distinción entre significado y denotación ha sido concebida erróneamente.

La paradoja sobre el autor de *Waverley* prueba formalmente que el significado es pertinente cuando una frase denotativa figura en una proposición.

La proposición ‘Scott era el autor de *Waverley*’ tiene una propiedad que no posee ‘Scott era Scott’: la propiedad de que Jorge IV quería saber si era verdadera. Luego, no son proposiciones idénticas. De ahí que el significado de ‘el autor de *Waverley*’ deba ser tan pertinente como la denotación, si nos adherimos a la tesis que hace esta distinción. Sin embargo, como acabamos de ver, en la medida en que nos adherimos a tal tesis nos vemos obligados a sostener que sólo la denotación puede ser pertinente. Por lo tanto, la tesis en cuestión debe abandonarse.

Nos queda por mostrar el modo en que las paradojas mencionadas se resuelven mediante la teoría explicada al comienzo de este artículo.

De acuerdo con la tesis que propugno, una frase denotativa es esencialmente una *parte* de una oración, y no posee, al igual que la mayoría de las palabras aisladas, una significación [*significance*] propia. Si digo ‘Scott era un hombre’, éste es un enunciado de la forma ‘*x* era un hombre’ que tiene a ‘Scott’ como sujeto. Pero si digo ‘el autor de *Waverley* era un hombre’ este no es un enunciado de la forma ‘*x* era un hombre’ ni tiene a ‘el autor de *Waverley*’ como sujeto.

Abreviando el enunciado que figura al comienzo de este artículo, en lugar de ‘el autor de *Waverley* era un hombre’ podemos poner lo siguiente: ‘una entidad y sólo una escribió *Waverley*, y esa entidad era un hombre’. (Esto no es, en rigor, lo mismo que dijimos antes, pero es más fácil de captar). En términos más generales, supongamos que deseamos decir que el autor de *Waverley* tenía la propiedad ϕ : entonces lo que queremos decir es equivalente a: ‘una entidad y sólo una escribió *Waverley*, y esa entidad tenía la propiedad ϕ ’.

La explicación de [la noción de]^h *denotación* es ahora la siguiente. Si se explica de la manera indicada toda proposición en la cual figura ‘el autor de *Waverley*’, la proposición ‘Scott fue el autor de *Waverley*’ (esto es, ‘Scott era idéntico al autor de *Waverley*’) se transforma en: ‘una entidad y sólo una escribió *Waverley*, y Scott era idéntico a ella’; o, volviendo a la forma enteramente explícita: ‘no es siempre falso de *x* que *x* escribió *Waverley*, que es siempre verdadero de *y* que si *y* escribió *Waverley*, *y* es idéntico a *x*, y que Scott es idéntico a *x*’. Luego, si ‘*C*’ es una frase denotativa, puede suceder que haya una entidad *x* (no puede haber más de una) para la cual la proposición ‘*x* es idéntico a *C*’ sea verdadera, donde esta proposición es interpretada del modo expuesto antes. Podemos decir entonces que la entidad *x* es la denotación de la frase ‘*C*’. Así, Scott es la denotación de ‘el autor de *Waverley*’.

La ‘*C*’ entre comillas será meramente la *frase*, no algo que pueda llamarse el *significado*. La frase *per se* no tiene significado alguno, porque si se expresa de manera completa cualquier proposición en la cual figure, tal proposición no contendrá la frase, que habrá sido disuelta.

Se ve ahora que la paradoja acerca de la curiosidad de Jorge IV tiene una solución muy simple¹. La proposición ‘Scott era el autor de *Waverley*’, que en el párrafo anterior escribimos en forma no abreviada, no contiene como componente ‘el autor de *Waverley*’, que en caso de figurar podríamos sustituir por ‘Scott’. Esto no interfiere con la verdad de las inferencias resultantes de realizar lo que *verbalmente* es la sustitución de ‘el autor de *Waverley*’ por ‘Scott’, siempre que ‘el autor de *Waverley*’ tenga en la proposición considerada lo que llamo figuración *primaria*. La diferencia entre figuración primaria y figuración secundaria de una frase denotativa es la siguiente.

Cuando decimos ‘Jorge IV quiso saber si tal y tal cosa’, o ‘tal y tal cosa es sorprendente’ o ‘tal y tal cosa es verdadera’, etc., ‘tal cosa y tal cosa’ debe ser una proposición. Supongamos ahora que ‘tal y tal cosa’ contiene una frase denotativa. Podemos eliminar esta frase denotativa o bien de la proposición subordinada ‘tal y tal cosa’ o bien de toda la proposición de la cual ‘tal y tal cosa’ es un mero componente. Según lo que hagamos, resultarán proposiciones distintas. He oído hablar de un susceptible propietario de un yate a quien un invitado, al ver el yate por vez primera, le dijo: ‘Creía que su yate era más grande de lo que es’. El propietario respondió: ‘No, mi yate no es más grande de lo que es’. El invitado quiso decir: ‘El tamaño que yo le suponía a su yate era mayor que el que su yate tiene’; el significado que se le atribuyó. es: ‘Creía que el tamaño de su yate era mayor que el tamaño de su yate’. Para volver a Jorge IV y *Waverley*, cuando decimos ‘Jorge IV quiso saber si Scott era el autor de *Waverley*’, normalmente queremos decir: ‘Jorge IV quiso saber si un hombre y sólo uno escribió *Waverley* y si Scott era ese hombre’; pero también *podemos* querer decir: ‘Un hombre y sólo uno escribió *Waverley*, y Jorge IV quiso saber si Scott era ese hombre’. En el último caso, ‘el autor de *Waverley*’ tiene figuración *primaria*; en el primero, la figuración es *secundaria*. Lo dicho en el último caso podría expresarse del siguiente modo: ‘Jorge IV quiso saber, en lo concerniente al hombre que de hecho escribió *Waverley*, si tal hombre era Scott’. Esto sería verdadero, por ejemplo, si Jorge IV hubiese visto a Scott a distancia y hubiera preguntado: ‘¿Es ése Scott?’. Puede definirse una figuración *secundaria* de una frase denotativa como aquella en la cual la frase figura en una proposición *p* que es un mero componente de la proposición que estamos considerando, y la sustitución de la frase denotativa debe realizarse en *p*, no en la proposición total de la que *p* forma parte. La ambigüedad entre figuraciones primarias y secundarias es difícil de evitar en el lenguaje, pero no entraña peligro alguno si estamos advertidos acerca de ella. En la lógica simbólica, por supuesto, es fácil evitarla¹.

La distinción entre figuraciones primarias y secundarias también nos

permite abordar la cuestión de si el actual rey de Francia es o no calvo, y en general la del *status* lógico de frases denotativas que no denotan nada. Si ‘*C*’ es una frase denotativa, por ejemplo, ‘el término que tiene la propiedad *F*’, entonces:

‘*C* tiene la propiedad φ ’ significa: ‘un término y sólo uno tiene la propiedad *F*, y ese mismo término tiene la propiedad φ ’¹².

Ahora bien, si *F* no pertenece a ningún término o pertenece a varios, se sigue que ‘*C* tiene a propiedad φ ’ es falsa para *todos* los valores de φ . Así, ‘el actual rey de Francia es calvo’ es ciertamente falsa; y ‘el actual rey de Francia no es calvo’ es falsa si significa:

‘Hay una entidad que es ahora rey de Francia y no es calva’,

pero es verdadera si significa:

‘Es falso que haya una entidad que sea ahora rey de Francia y sea calva’.

Esto es, ‘el rey de Francia no es calvo’ es falsa si la figuración de ‘el rey de Francia’ es *primaria*, y verdadera si es *secundaria*. Así, todas las proposiciones en las que ‘el rey de Francia’ tiene figuración primaria son falsas; las negaciones de estas proposiciones son verdaderas, pero en ellas ‘el rey de Francia’ tiene figuración secundaria. De este modo evitamos la conclusión de que el rey de Francia usa peluca.

Ahora vemos también de qué manera podemos negar que haya un objeto tal como la diferencia entre *A* y *B* en el caso de que *A* y *B* no difieran. Si *A* y *B* difieren, hay una y sólo una entidad *x* tal que ‘*x* es la diferencia entre *A* y *B*’ es una proposición verdadera; si *A* y *B* no difieren, no hay tal entidad *x*. Así, según el significado de *denotación* que acabamos de explicar, ‘la diferencia entre *A* y *B*’ tiene una denotación cuando *A* y *B* difieren, pero no en caso contrario. Esto se aplica en general a proposiciones verdaderas y falsas. Si ‘*a R b*’ representa la proposición ‘*a* tiene la relación *R* con *b*’, entonces, cuando *a R b* es verdadera, hay una entidad como la relación *R* entre *a* y *b*; cuando *a R b* es falsa, no hay tal entidad. Así, a partir de cualquier proposición podemos construir una frase denotativa, la cual denota una entidad si la proposición es verdadera, pero no denota ninguna entidad si es falsa. Por ejemplo, es verdadero (al menos lo supondremos) que la Tierra gira alrededor del Sol, y falso que el Sol gira alrededor de la Tierra: luego, ‘la revolución de la Tierra alrededor del Sol’ denota una entidad, mientras que ‘la revolución del Sol alrededor de la Tierra’ no denota una entidad¹³.

Podemos ahora tratar satisfactoriamente todo el reino de las no-entidades, tales como ‘el cuadrado redondo’, ‘el número primo par distinto de 2’, ‘Apolo’,

‘Hamlet’, etc. Todas éstas son frases denotativas que no denotan nada. Una proposición acerca de Apolo significa lo que obtenemos al sustituir Apolo por lo que el diccionario clásico nos dice que significa Apolo, por ejemplo, ‘el Dios-Sol’. Todas las proposiciones en las que figure Apolo deben interpretarse según las reglas establecidas antes para las frases denotativas. Si ‘Apolo’ tiene figuración primaria, la proposición en la que figura de tal modo es falsa; si la figuración es secundaria, la proposición puede ser verdadera. De igual manera, ‘el cuadrado redondo es redondo’ significa: ‘Hay una y sólo una entidad *x* que es redonda y cuadrada, y esta entidad es redonda’, que es una proposición falsa, y no, como sostiene Meinong, verdadera. ‘El Ser perfecto en grado sumo tiene todas las perfecciones; la existencia es una perfección; por lo tanto, el Ser perfecto en grado sumo existe’ se convierte en:

‘Hay una y sólo una entidad *x* que es perfecta en grado sumo; ella tiene todas las perfecciones; la existencia es una perfección; por lo tanto, esa entidad existe’.

Como prueba, esto no es válido, pues falta probar la premisa ‘hay una y sólo una entidad *x* que es perfecta en grado sumo’¹⁴.

MacColl (*Mind*, N. S., No. 54, Y también No. 55, página 401) divide los individuos en dos tipos: los reales y los irreales; luego define la clase vacía como la clase consistente en todos los individuos irreales. Esto supone que frases como ‘el actual rey de Francia’, que no denotan un individuo real, denotan sin embargo un individuo, aunque irreal^k. Esta es, en esencia, la teoría de Meinong, teoría para cuyo rechazo hemos hallado razones, pues entra en conflicto con el principio de contradicción. Nuestra teoría sobre el denotar nos permite sostener que no hay individuos irreales; de modo que la clase vacía es la clase que no contiene miembros, no la clase que contiene como miembros a todos los individuos irreales.

Es importante observar las consecuencias de nuestra teoría para la interpretación de las definiciones formuladas mediante frases denotativas. La mayoría de las definiciones matemáticas son de este género; por ejemplo: ‘*m* – *n* es el número que, sumado a *n*, da *m*’. Se define, pues, *m* – *n* como igual en significado a una determinada frase denotativa. Pero hemos convenido en que las frases denotativas no tienen significado aisladamente. En consecuencia, lo que la definición debería realmente decir es: ‘ Toda proposición que contenga *m* – *n* significa la proposición que resulta de sustituir “*m* – *n*” por “el número que, sumado a *n*, da *m*”’. La proposición resultante se interpreta de acuerdo con las reglas ya dadas para interpretar proposiciones cuya expresión verbal contiene una frase denotativa. En el caso en que *m* y *n* sean tales que hay un número *x*, y sólo uno que, sumado a *n*, da *m*, entonces hay un número *x* que puede sustituir a *m* – *n* en toda proposición que contenga *m* – *n* sin alterar la verdad o falsedad de la proposición. Pero en los demás casos, todas las pro-

posiciones en las que ‘ $m - n$ ’ tenga figuración primaria son falsas.

La teoría anterior explica la utilidad de la *identidad*. Fuera de los libros de lógica, nadie dice ‘ x es x ’; sin embargo, a menudo se hacen afirmaciones de identidad, en expresiones tales como ‘Scott era el autor de *Waverley*’ o ‘Tú eres el hombre’. No es posible enunciar el significado de tales proposiciones sin la noción de identidad, aunque no se trata simplemente de enunciados que afirmen que Scott es idéntico a otro término, el autor de *Waverley*, o que tú eres idéntico a otro término, el hombre. La formulación más breve de ‘Scott es el autor de *Waverley*’ parece ser: ‘Scott escribió *Waverley*, y siempre es verdadero de y que si y escribió *Waverley*, y es idéntico a Scott’. Es de esta manera como la identidad entra en ‘Scott es el autor de *Waverley*’, y es debido a estos usos por lo que vale la pena hacer afirmaciones de identidad.

Un resultado interesante de la anterior teoría sobre el denotar es el siguiente: cuando hay algo de lo cual no tenemos conocimiento directo, sino sólo una definición mediante frases denotativas, entonces las proposiciones en las que esa entidad se introduce mediante una frase denotativa no la contienen en realidad como componente, sino que contienen los componentes expresados por las diversas palabras de la frase denotativa. Así, en toda proposición que podamos aprehender (es decir, no solamente en aquellas cuya verdad o falsedad podemos juzgar, sino en todas en las que podemos pensar), todos los componentes son realmente entidades de las que tenemos conocimiento directo. Ahora bien, cosas como la materia (en el sentido en que la materia aparece en la física) y las mentes de otras personas sólo las conocemos por medio de frases denotativas, esto es, no tenemos *conocimiento directo* de ellas, sino que las conocemos como lo que tiene tales y cuales propiedades. De ahí que, aunque podemos formar funciones proposicionales $C(x)$ que deben valer para tal y tal partícula material o la mente de el tal y tal, no tenemos conocimiento directo de las proposiciones que afirman estas cosas que sabemos deben ser verdaderas, porque no podemos aprehender las entidades en cuestión. Lo que sabemos es: ‘El tal y tal tiene una mente con tales y cuales propiedades’, pero no: ‘ A tiene tales y cuales propiedades’, donde A es la mente de que se trata. En este caso, conocemos las propiedades de una cosa sin tener conocimiento directo de la cosa misma y , por consiguiente, sin conocer ninguna proposición particular de la cual esa cosa sea un componente.

No diré nada acerca de muchas otras consecuencias de la concepción que he propugnado. Sólo pediré al lector que no se pronuncie contra la misma — como podría sentirse tentado a hacer, debido a su complicación aparentemente excesiva— hasta que haya tratado de construir una teoría propia sobre la denotación. Tal intento, creo, le convencerá de que, sea cual fuere la teoría verdadera, ésta no puede tener la simplicidad que podría esperarse de antemano.

NOTAS

* “On Denoting” apareció originalmente en *Mind* 14, 1905, pp. 479-493. Se reproduce aquí con el amable permiso de The Bertrand Russell Peace Foundation Ltd.

© The Bertrand Russell Peace Foundation Ltd. La traducción castellana que aquí reproducimos fue realizada por Tomás Moro Simpson y Néstor Míguez y apareció originalmente en SIMPSON, T. M. (ed.) (1973), *Semántica filosófica: problemas y discusiones*, Buenos Aires, Siglo XXI, pp. 29-47. Agradecemos la amabilidad del profesor Simpson que ha concedido su permiso a **teorema** para que el texto de su traducción y notas figuren en este número monográfico. © Tomás Moro Simpson y Néstor Míguez (para la traducción castellana) y © Tomás Moro Simpson (para las notas de traducción).

Para mayor claridad hemos reunido las notas de este artículo en dos grupos. El primero de ellos corresponde a las notas de Russell que se señalan con cifras. El segundo incluye las notas del profesor Simpson y se señalan con letras minúsculas.

NOTAS DE BERTRAND RUSSELL

¹ He discutido este tema en *Principles of Mathematics*, cap. V y § 476. La teoría expuesta allí es casi la misma que la de Frege, y por completo distinta de la que definiendo en este artículo.

² Más exactamente, una función proposicional.

³ La segunda de tales nociones puede ser definida por medio de la primera, si entendemos que significa: ‘No es verdad que “ $C(x)$ es falsa” es siempre verdadera’.

⁴ En lugar de esta frase complicada usaré a veces la frase ‘ $C(x)$ no es siempre falsa’ o ‘ $C(x)$ es algunas veces verdadera’ suponiendo que se la ha *definido* de modo tal que significa lo mismo que la frase complicada.

⁵ Como ha sido hábilmente sostenido por Bradley en *Logic*, Libro I, cap. II.

⁶ Psicológicamente ‘ C (un hombre)’ sugiere *sólo uno*, y ‘ C (algunos hombres)’, *más de uno*; pero podemos dejar esto de lado en un esbozo preliminar.

⁷ Ver los tres primeros artículos de *Untersuchungen zur Gegenstandstheorie und Psychologie* (Leipzig, 1904), cuyos autores son respectivamente Meinong, Ameseder y Mally.

⁸ Ver su artículo “Sobre el sentido y la denotación”.

⁹ Frege distingue entre el significado y la denotación en todos los casos, y no solamente en las frases denotativas complejas. Así, son los *significados* de los componentes de un complejo denotativo [*denoting complex*] los que entran en su *significado*, no sus *denotaciones*. Según él, es el *significado* de ‘El Monte Blanco’, y no la montaña real lo que es un componente de la proposición ‘El Monte Blanco mide más de mil metros de altura’.

¹⁰ En esta teoría diremos que la frase denotativa *expresa* un significado y también que tanto la frase como el significado *denotan* una denotación. En la teoría que definiendo no hay significado, y sólo a veces hay denotación.

¹¹ Los uso como sinónimos.

¹² Esta es la interpretación abreviada, no la más estricta.

¹³ Las proposiciones de las que se derivan tales entidades no son idénticas ni con estas últimas ni con las proposiciones en las que se dice que esas entidades tienen ser.

¹⁴ Puede usarse este argumento para probar válidamente que todos los miem-

bros de la clase de los Seres perfectos en grado sumo existen; también es posible probar formalmente que esta clase no puede tener *más* de un miembro; pero si definimos la perfección como la posesión de todos los predicados positivos, entonces puede probarse formalmente, y casi de la misma manera, que la mencionada clase no tiene siquiera un miembro.

NOTAS DE TOMÁS MORO SIMPSON

^a En un artículo posterior [“Knowledge by Acquaintance and Knowledge by Description”, incluido en *Mysticism and Logic*, Londres, George Allen & Unwin Ltd., 1963] Russell defiende la relación que denomina “acquaintance” como una relación que se da entre un sujeto y un objeto cuando el primero tiene “una relación cognoscitiva directa” con el segundo [p. 153], es decir, cuando el sujeto “se percata directamente [*is directly aware*] del objeto mismo” [loc. cit.]. Esto justifica la traducción de “acquaintance” como “conocimiento directo”. Traducimos del mismo modo “*immediate acquaintance*” porque el agregado del adjetivo “inmediato” a “conocimiento directo” sería redundante, y quizás equivoco en nuestro idioma. En el mismo texto, Russell agrega que la relación de conocimiento directo es la conversa de la relación que denomina “presentation”; así, “decir que *S* tiene un conocimiento directo de *O* es esencialmente lo mismo que decir que *O* se presenta a [*is presented to*] *S*” [loc. cit.]. En el artículo mencionado, que data de 1910, la dicotomía *conocimiento directo-conocimiento acerca de* es formulada de manera definitiva como la distinción entre “conocimiento directo” y “conocimiento por descripción”, que sólo se insinúa fugazmente en el segundo párrafo de “Sobre el denotar”.

^b Dado que estos análisis de Russell hacen referencia a funciones proposicionales (en este caso, por ejemplo, a la función proposicional “*x* es humano y encontré *x*”), su contenido exacto dependerá de lo que se entienda por “función proposicional”. Cabe preguntarse si, como lo podría sugerir el uso de las comillas, una función proposicional es aquí una función lingüística (una expresión que contiene al menos una variable y se transforma en una oración aseverativa cuando se la reemplaza por una constante), o, por el contrario, una propiedad o un concepto de un cierto tipo. Lamentablemente, Russell no fue nunca muy claro a este respecto, como se comprueba recorriendo sus obras, incluida *Principia Mathematica*, que ofrece apoyo explícito para ambas interpretaciones. Un aspecto interesante de esta cuestión es que si una función proposicional es una entidad lingüística, entonces los análisis de Russell podrían prestarse a una objeción basada en el llamado “*test de la traducción*”; este consiste en traducir a otro idioma el *analizando* (por ejemplo, “Encontré un hombre”) y el *analizando* (“‘Encontré *x* y *x* es humano’ no es siempre falsa”) y ver si el significado de ambas traducciones es realmente el mismo, como se pretende que ocurre con las oraciones originales. Véase a este respecto el artículo de A. Church “Sobre el análisis de las oraciones de aseveración y creencia” [Simpson, T. M. (ed.) (1973), *Semántica filosófica: problemas y discusiones* [SF], Buenos Aires, Siglo XXI, p. 321]. De acuerdo con los criterios expuestos en este artículo, las traducciones inglesas de las dos oraciones mencionadas antes son respectivamente: “I met a man” y “‘Encontré *x* y *x* es humano’ is not always false”, que según Church no transmitirían la misma información. Importa advertir, sin embargo, que la objeción no se aplica al análisis russelliano de esas mismas oraciones cuando tal análisis evita la referencia a entidades lingüísticas; un ejemplo lo constituye el análisis de “Encontré un hombre” como: “Hay al menos un objeto *x* tal que *x* es humano y encontré *x*”. Pero aun-

que Russell emplea a veces formulaciones de este tipo, sólo las considera aquí paráfrasis intuitivas e inexactas, útiles para facilitar la comprensión del lector. Pese a ello son precisamente estas últimas formulaciones las que se han incorporado a la tradición lógica, hecho particularmente visible en lo que hoy se conoce como “teoría de las descripciones de Russell” [cf. los artículos de A. F. Smullyan “Modalidad y descripción (sobre la objeción de Quine a la lógica modal)” y L. Linsky “Sustituibilidad y descripciones (la teoría de Russell en contextos psicológicos)”, recogidos en [SF]]. Cabe agregar que el uso ambiguo de “función proposicional” ejerció una curiosa influencia en las concepciones ontológicas de Russell; sobre este aspecto de la cuestión hay interesantes observaciones en W. v. O. Quine, “Russell’s Ontological Development”, *The Journal of Philosophy*, vol. LXIII, n° 2, 1966.

^c En la forma que ha llegado a ser usual (ver nota *b*) el análisis russelliano de “El padre de Carlos II fue ejecutado” es el siguiente:

Hay al menos un objeto *x* tal que *x* es padre de Carlos II, y cualquiera que sea *z*, si *z* es padre de Carlos II entonces *z* es idéntico a *x*, y *x* fue ejecutado.

O, más brevemente,

Un individuo y sólo uno es padre de Carlos II, y ese individuo fue ejecutado.

Es un análisis de este tipo el que Russell presenta más abajo en relación con “El autor de *Waverley* es un hombre”, pero advirtiendo que no da el significado exacto que posee esta oración de acuerdo con su teoría. Obsérvese que en el análisis anterior de “El padre de Carlos II fue ejecutado” suprimimos el verbo “engendrar”, que figura en el texto de Russell. En general, Russell suele sustituir el predicado contenido en la descripción por una expresión distinta; así “Scott es el autor de *Waverley*” se convierte en: “Hay al menos un *x* tal que *x* escribió *Waverley*...” etc., donde la palabra “autor” no aparece pero se introduce el verbo “escribir”. Esto fue impugnado por G. E. Moore, quien sostuvo que Scott hubiera podido ser el autor de *Waverley* aún sin haberla escrito, así como alguien puede ser autor de un poema que conoce de memoria pero que ni él ni nadie ha copiado [G. E. Moore, “Russell’s Theory of Descriptions”, en *The Philosophy of Bertrand Russell*, Nueva Cork, Tudor Publishing company, 3ª ed., 1944, vol. 1, p. 188]. Sobre las razones de Russell para seguir este procedimiento nos limitaremos aquí a una observación breve, tomando como ejemplo “El hombre amado por Ofelia es hamletiano”. Si analizamos esta oración como “Hay al menos un *x* tal que *x* es un hombre...”, etc., nos queda la frase denotativa “un hombre”, que Russell desea eliminar. Es por eso que Russell diría probablemente: “Hay al menos un *x* tal que *x* es humano y *x* es de sexo masculino...”, etc. Es de notar que estas variaciones no se reflejan en el simbolismo de *Principia Mathematica*, donde la variable de predicado que figura en la descripción reaparece en el análisis, como se ve en la definición: $\Psi (t, x) \Phi x =_{df} (\exists c) [(x) (\Phi x \equiv x = c) . \Psi c]$. Algunas particularidades del inglés pueden ser pertinentes para esta cuestión.

^d Lo dicho es también válido para expresiones como “un hombre”, “cada hombre”, etc.; la primera representa según Meinong un objeto incompleto [cf. J. N. Findlay, *Meinong’s Theory of Objects and Values*, Oxford, Oxford University Press, 2ª edición, 1963, cap. VI]. Este espectral escenario ontológico montado por Meinong explica que Russell se esfuerce por ofrecer paráfrasis que eliminen todas las frases “denotativas”, por inocuas que nos parezcan actualmente; las descripciones definidas, como “el actual

rey de Francia”, sólo constituyen un caso particular.

^e El argumento de Russell parece resumible en la afirmación de que, en el marco de la teoría de Frege, “El rey de Francia es calvo” debe carecer de sentido por ser una oración *acerca de nada*; pero el supuesto de una conexión necesaria entre expresar información acerca de algo y tener sentido no es válido en la semántica fregeana, por lo cual la objeción de Russell resulta sorprendente [Cf. los pasajes de Frege relativos a esta cuestión en SF, p. 10]. Este aspecto del análisis fregeano de los *lenguajes naturales* debe distinguirse, sin embargo, de sus propuestas vinculadas con la construcción de *lenguajes artificiales*, que Russell toma en cuenta en el párrafo siguiente.

^f Russell se refiere aquí al tratamiento de las descripciones que Frege desarrolla en el tomo I, § II, de *Grundgesetze der Arithmetik* [Jena, Pole, 1893; parte de ese tomo fue traducida al inglés por Montgomery Furth: *The Basic Laws of Arithmetic*, San Francisco, University of California Press, 1964]. En el artículo “Sobre el sentido y la denotación” [SF, p. 3] Frege sugiere un tratamiento distinto: postular que todas las descripciones que no satisfacen las condiciones de existencia y unicidad denotan un mismo objeto arbitrario, que en el caso del lenguaje aritmético podría ser el número cero [ver p. 19 de SF y especialmente nota 9].

^g El texto que sigue ahora, destinado a probar que la teoría de Frege es insostenible, es uno de los más oscuros que debemos a la ágil pluma de Bertrand Russell, y se puede predecir con certeza que el lector se verá en apuros. Cf. el artículo de J. R. Searle, “Las objeciones de Russell a la teoría del Frege sobre el sentido y la referencia” [SF, p. 49].

^h El original inglés dice textualmente: “the explanation of denotation”, lo cual puede resultar equívoco, pues Russell emplea normalmente denotación para referirse al objeto denotado y no a la relación de denotar que se da entre una expresión y tal objeto (= la denotación). En la explicación de Frege, Russell dice, p. ej., que las frases denotativas *denotan una denotación*.

ⁱ La solución russelliana de esta paradoja es examinada en detalle por L. Linsky en “Substituibilidad y descripciones” [SF, p. 303].

^j En la notación lógica usada por el autor en *Principia Mathematica* esta ambigüedad se evita mediante el uso del llamado “operador de alcance”. Cf. los artículos de A. F. Smullyan y L. Linsky citados en la nota *b* y recogidos en SF.

^k Medio siglo después de publicarse el artículo de Russell, los objetos meramente posibles se pusieron de moda en los círculos lógico-filosóficos, y Mr. MacColl tuvo la fortuna de que N. Rescher formulara una teoría de las descripciones que retoma explícitamente sus ideas, mostrando que la introducción de *possibilia* no produce necesariamente un sistema inconsistente [N. Rescher, “The Logic of Existence”, en *Topics in Philosophical Logic*, Dordrecht, Reidel, 1968, pp. 138-161]. En los modelos semánticos para la lógica modal [cf., por ejemplo, S. Kripke, “Semantical Considerations on Modal Logic”, *Acta Philosophica Fennica*, 1963, pp. 83-94] los objetos no existentes habitan en mundos meramente posibles, y los lógicos se pasean por ellos con no disimulada fruición, pues no surge ninguna inconsistencia. La idea de “mundo posible” constituye ahora, en efecto, un instrumento conceptual básico que ha permitido vastos desarrollos formales. El problema de su valor elucidatorio es una cuestión abierta. Cf. las observaciones de D. Kaplan “Cuantificación, modalidad y creencia (reflexiones en torno a Quine)”, sobre la identificación de objetos a través de mundos posibles, SF, p. 263.